

Palmeras de la vieja ciudad

De Africa vinísteis, de Arabia, de Oriente,
 os trajo algún árabe bélico y sensual
 al que recordábais el desierto ardiente,
 que dejó para una conquista triunfal.
 Desde que os trajeron de un país lejano
 con tristeza estáis los días invernales,
 pero en cuanto llega el cálido verano
 ya no echáis de menos vuestros arenales.
 Un poeta egrejo, Heine, el divino
 cantó tu imposible amor, grácil palmera;
 que en el frío norte pensaba en ti un pino...
 ¡Aquí se realiza tan bella quimera!
 Vuestras altas copas que besa la luna
 a Cáceres viejo añaden encantos.
 Si el viento te mece, palmera moruna,
 parece que lloras con lánguidos llantos.
 La airosa palmera de las Carmelitas
 nostálgica añora noches marroquíes,
 y al ver colegialas de caras bonitas
 cree ver el serrallo, cree ver las huries.
 La de los Adarves, la de las Veletas
 que tienen el talle de esbelta sultana,
 en las noches claras se sienten coquetas
 y hierve su ardiente sangre musulmana.
 ¡Palmeras de Cáceres!... Que el viento meza
 vuestros lindos talles con soplo caliente.
 ¡Palmeras de Cáceres!... Vuestra gran belleza
 llega a lo profundo del alma que siente.

† FEDERICO REAÑO OSUNA

"LA HIPOTECA"

(CUENTO)

HACÍA ya algún tiempo que tío Lino estaba murrio y cabizbajo; ni iba a la taberna a echar las oraciones, ni frecuentaba las tertulias de sus compadres y amigos; sólo conservaba la costumbre de ir al «Casino de Labradores», los domingos y fiestas de guardar, a tomar su café, copitas de coñac, y jugar la partida de julepe, con su puro en la boca, inspirador de sus donaires y ocurrencias. Todas las penas se acababan para él en aquel rato; nadie que no estuviese atento al juego podría averiguar si ganaba o perdía; su humor era excelente.

La verdad es que casi siempre solía pasar lo último, mas no por ello zozobraba ni un punto su alegría y optimismo. Quitándole estos pequeños gastos, y el tabaco, (que al decir de su esposa «mejor quería le faltase la merienda en el corte que la petaca repleta cada día»), por lo demás, no tenía gasto alguno.

Pero, he aquí que el buen hombre no estaba muy conforme con tan buena conducta, por barruntar adentro algo que le bullía y recababa acusándole.

El había hecho su cuenta y en los catorce años que llevaba casado, si no hubiera tenido estos pequeños vicios, no se habría empeñado en ocho mil pesetas; las mismas de la hipoteca de «La Sorda». Así se lo hubo de confesar un día a su mujer ahogado de congoja y de vergüenza.

—Sí, Marta, sí. En humo, copas y julepes se han ido las ocho mil pesetas esas, cada año un poquino hasta llegar a tanto... y no quieras tu culpar a las cosechas ni a los pagos.

—¡Bueno, hombre!, te daré la razón de que has sido tú, y no los malos años, la ruina de la casa. Lo que sí voy notando, es que el gracioso del pueblo no es capaz de inventar una gracia pa llevar con paciencia la desgracia.

—Déjame de esas cosas, Marta, que de aquí a cuatro días, si no pagamos las pesetas, tendré que buscar amo. Y no creas que me duelo de ello, que mereció lo tengo, pero me escuecen las muchachas que mañana podían esperar otra cosa.

—Entonces ¿no espera más Don Lucas?

—Ya me avisó hace tiempo que era la última prórroga, y en verdad que no hay motivos para queja, ¿quien no siendo este hombre te espera tres años como ha hecho? Cansao estoy de buscar por toas partes; nadie tiene una perra o se excusan por no prestar dinero. Solo me falta que llamar a una puerta; ¡pero me da tanto reparo! ¡Es un hombre tan raro!..

—¡Ya!, ¿te refieres al vecino del campo?